8. Un grande língua entre los primeros misioneros jesuitas en tierras brasileñas: el P. Juan de Azpilcueta Navarro

CRISTINA NAUPERT
Universidad Rey Juan Carlos, Madrid. Grupo de investigación MHISTRAD
cristina.naupert@urjc.es

Recibido: 30/05/2017
Aceptado: 30/09/2017

8.1. Introducción

A modo de introducción conviene recapitular algunos puntos ya contenidos en nuestras investigaciones anteriores que enlazan directamente con esta que aquí se propone. Sabido es que la Compañía de Jesús (*Societas Iesu* [SJ]) comienza su andadura en 1534 en torno a su padre fundador e inspirador principal, san Ignacio de Loyola, en París, en el Colegio de Santa Bárbara ligado a la Universidad de La Sorbona. Es allí donde se forja esta unión firme y duradera entre los primeros miembros de la Compañía, y no solo gracias a la convivencia académica de san Ignacio con sus primeros condiscípulos, sino de igual manera, y probablemente incluso de forma más incisiva, gracias a la convivencia real en la residencia universitaria.

El siguiente paso en el crecimiento y afianzamiento de la Compañía es la aprobación formal de la nueva congregación por el Papa Paulo III que se materializa en 1540 en Roma a través de la bula de confirmación *Regimini militantis Ecclesiae*. A partir de este momento se puede constatar que el proyecto misionero de los jesuitas eclosiona plenamente: tanto en relación con sus lugares de origen en Europa como con la expansión hacia los lugares que las potencias europeas están colonizando en lejanos territorios de ultramar. Así, su afán misionero les lleva a los jesuitas a encabezar expediciones hacia ambas Indias, a las de Oriente (san Francisco Javier) y a las recién descubiertas de Occidente (América).

Sin duda, el Reino de Portugal ocupa un lugar muy relevante en esta primera expansión de la Compañía de Jesús. Así, uno de los compañeros de los estudios parisinos de san Ignacio y asimismo cofundador de la Compañía, el jesuita portugués Simão Rodrigues de Azevedo (1510-1579), se traslada en 1540 inmediatamente después de la aprobación oficial de la nueva congregación a Portugal para implantar la *Societas Iesu* en su patria chica donde se convierte asimismo en 1546 en el Primer Superior Provincial de la Compañía, siendo Portugal la primera provincia jesuítica que se configura como tal entre todas las que habrán de integrar la Compañía a lo largo de su historia.[1]

1 Véase Rodrigues, Simón, *Origen y progreso de la Compañía de Jesús*. Ed. Eduardo Javier Alonso Romo. Bilbao: Mensajero-Sal Terrae, 2005.

Con el P. Simão Rodrigues viaja en 1540 asimismo san Francisco Javier a la corte portuguesa, dados el interés y el apoyo incondicional mostrados por el Rey João III. El monarca luso elige muy a conciencia a los jesuitas para encargarles la misión evangelizadora en los territorios recién conquistados por y para su imperio. De hecho, el interés del rey por los jesuitas, estos intrépidos «soldados de Dios», se despierta de inmediato cuando le llegan las primeras noticias de su existencia a través de un portugués, el Doctor Diogo de Gouveia, encargado en aquel tiempo del Colegio de Santa Bárbara en París. Este paisano le trasmite al Rey su firme convicción de que consideraba a esta gente (los seguidores de san Ignacio) capaz de convertir a toda la India por su entrega y su fervor religiosos.[2] Una vez obtenida la pertinente aprobación por parte del Papa, el rey de Portugal no duda de hacerles llegar su llamada a los jesuitas a través de su embajador en Roma para encargarles la inmensa tarea de la evangelización de los gentiles en los territorios de ultramar recién descubiertos y en proceso de colonización incipiente por parte del imperio luso.

Así, san Francisco Javier zarpa en 1541 hacia las Indias orientales, mientras que el P. Simão Rodrigues se queda para implantar la Compañía en Portugal donde pronto ocupará un lugar muy destacado en la enseñanza universitaria. El punto de partida de esta imparable expansión es sin duda la fundación del primer colegio jesuítico: el Colegio de Jesús en Coimbra, a su vez el lugar del desembarco de los jesuitas en la universidad de la cuidad, la más importante e influyente en aquellos tiempos en el Reino de Portugal.

En relación con la figura del P. Simão Rodrigues y su dedicación a la creación de una Provincia jesuítica en Portugal debemos igualmente recordar al P. Manoel da Nóbrega (1517-1570), uno de los primeros y más fieles discípulos del maesto Rodrigues en el colegio jesuita asociado a la Universidad de Coimbra donde el futuro misionero entra en la Compañía en 1544 (*cf*. Naupert, 2016).

En 1549, cuando el rey de Portugal João III encarga al P. Rodrigues los preparativos para la primera expedición jesuita con fines evangelizadores a tierras de Brasil, este no duda un instante y pone a Nóbrega al mando de estos primeros misioneros que han de acompañar al recién nombrado primer Gobernador General, Tomé de Souza. Solo le acompañan al P. Nóbrega tres padres (Juan de Azpilcueta Navarro, Leonardo Nunes y Antonio Pires) y dos hermanos de la congregación (Vicente Rodrigues y Diogo Jácome). Francamente, un destacamento muy reducido para la tarea hercúlea que les espera después de cruzar el Atlántico a su llegada a las vastas tierras brasileñas donde la conquista y la colonización por parte de los portugueses apenas se habían iniciado.

2 http://www.jesuitas.pt [consultado el 6 de febrero de 2017]; cf. también: Teixeira, José A. (ed.), *Documentos para a historia dos jesuitas em Portugal*. Coimbra: Imprensa da Universidade, 1899.

8.2. Una vida ejemplar al servicio de la evangelización: el misionero jesuita Juan de Azpilcueta Navarro (¿1522?-1557)

8.2.1. El entorno familiar del misionero

Para ubicar correctamente a Juan de Azpilcueta, de sobrenombre «Navarro»[3], hay que considerar el entramado de sus relaciones familiares y de parentesco con diferentes personajes de gran importancia para la Compañía de Jesús. En primer lugar se debe mencionar que entre sus parientes directos se encontraba S. Francisco Javier (cuyo nombre original era Francisco de Jaso y Azpilcueta), cofundador de la congregación y pionero de la misión jesuítica en Oriente (India, Japón, China), puesto que la madre de S. Francisco Javier era María de Azpilcueta Aznares, procedente de los Azpilcueta de Baztán, igual que el padre de nuestro misionero. Curiosamente, también es probable que Juan de Azpilcueta esté emparentado con san Francisco Javier por línea materna, ya que su madre, María Sebastiana de Javier (o de Iriberri), procede del mismo lugar navarro que el santo.

Asimismo, Juan de Azpilcueta era sobrino del famoso catedrático Dr. Martín de Azpilcueta, quien igualmente llevaba el sobrenombre de «el Navarro» y quien figuraba entre los intelectuales, teólogos, académicos y jurisconsultos más destacados de la época. Aunque el Dr. Martín de Azpilcueta había tomado el hábito de la Orden de Canónigos regulares de San Agustín, fue él quien «despejó» el camino del sobrino hacia la Compañía de Jesús, puesto que había aceptado la Cátedra de Cánones en la Universidad de Coimbra en 1538, el centro neurálgico para la formación intelectual de los jesuitas en la primera mitad del siglo XVI. No sorprende, pues, que una vez instalado el tío en la Universidad de Coimbra el sobrino se sienta atraído por este centro de formación académica en el Reino de Portugal.

8.2.2. Hitos biográficos:

Entre los hitos biográficos de la vida de Juan de Azpilcueta podemos destacar los siguientes: nace entre los años 1521 y 1523 en el seno de una familia noble afincada en Iriberri, en Navarra. Entre 1540 y 1549 se traslada al Reino de Portugal para cursar sus estudios superiores en la Universidad de Coimbra donde entra en 1545 en la Compañía de Jesús pronunciando los votos sacerdotales. Después de terminar su periodo de formación académica y cuando ya ejerce como docente en Coimbra, se ofrece como voluntario y es elegido finalmente para acompañar al P. Manoel da Nóbrega en la expedición misionera de 1549 a Brasil.[4]

Juan de Azpilcueta pasa sus primeros años de misionero en Salvador de Bahía donde la Compañía establece su primer colegio. Se ocupa sobre todo de llevar la catequesis y los intentos de evangelización a las aldeas de los indígenas en los

3 Se trata evidentemente de una alusión relacionada con su procedencia geográfica y, a la vez, de una manera de evitar la difícil pronunciación de su apellido entre sus compañeros lusos.

4 Este viaje es de vital trascendencia en la nueva estrategia que adopta el Rey João III de Portugal para cambiar y enderezar el rumbo de los avances colonizadores que se están produciendo en los territorios brasileños. Ante el evidente fracaso de las capitanías hereditarias como instrumento para encauzar la colonización del litoral brasileño, el Rey nombra a Tomé de Souza como primer Gobernador General, esto es, como jefe político y militar del nuevo Gobierno General de la colonia cuya primera capital es Salvador de Bahía. En la flota de Tomé de Sousa se desplazan personal militar y administrativo, nuevos colonos y el primer destacamento de misioneros jesuitas bajo la dirección del P. Manoel da Nóbrega.

alrededores de la ciudad de Salvador donde incluso llega a convivir con los lugareños (le construyen una casa en la aldea), lo que le facilita la aproximación y la inmersión en la lengua y cultura de los gentiles. Así, destaca enseguida entre sus compañeros de misión por ser el pionero en aprender el idioma tupí lo que le ayuda a ganarse la confianza de sus catecúmenos indígenas. Es el primer misionero jesuita en confesar a los gentiles en su propio idioma sin la intermediación de un intérprete, aplicando así un concepto nuevo de misión y de evangelización.[5] De hecho, se puede afirmar que son los valientes avances que emprende el P. Azpilcueta para acercarse a la lengua y cultura indígenas los que realmente nos permiten dar por iniciada la «revolución lingüística» que impulsan los jesuitas en su misión en tierras brasileñas (Wyler, 2003, p. 30).

El P. Juan de Azpilcueta se convierte, pues, muy pronto gracias a sus dotes lingüísticos en un «*grande língua*» ejemplar, un hombre que domina la propia lengua y las ajenas, muy alabado y reconocido entre todos sus compañeros y respetado también por los indígenas. Sin este don especial de la palabra hubiera sido muy difícil, incluso imposible, para el misionero jesuita ganarse la confianza de los indígenas y, por ende, no se hubiera podido plantear trabajar en su conversión al cristianismo. Los indios gentiles le veneran por sus facilidades idiomáticas como *karaíba* (*pajé*), esto es, le otorgan un puesto de honor en su entramado cultural tribal comparable al que ocupa en su tradición autóctona el hechicero, curandero o chamán (denominado en tupí *karaíba* o *pajé*) quien asume el papel de guía espiritual al lado del jefe (cacique) quien figura como líder guerrero (y/o político) de la tribu.

El don más preciado y reconocido del *karaíba* es precisamente su capacidad retórica envolvente y convincente. Por lo tanto, si el misionero europeo pretende desplazar al chamán de su liderazgo espiritual tradicional para imponer el suyo propio ligado a una espiritualidad (religión) nueva, necesita de forma imperiosa poder comunicarse con los gentiles en su idioma para poder transmitirles los conceptos y preceptos necesarios para su conversión al cristianismo.

En este contexto conviene recordar que en nuestro artículo sobre el P. Manoel da Nóbrega hemos destacado la gran frustración que le supusieron al jefe de la primera expedición jesuita a Brasil sus limitadas facultades para el aprendizaje de la lengua tupí y su tartamudez que le hacía imposible emplear una retórica eficiente que hubiera llegado directamente a los catecúmenos indígenas. Frente a la comunicación directa que consigue el P. Azpilcueta en relativamente poco tiempo, al P. Nóbrega no le queda otro remedio que ensayar diferentes vías de comunicación a través de intérpretes niños y/o adultos (cf. Naupert, 2016).

Después de los primeros años de misión en Salvador de Bahía (1549-1552), el P. Azpilcueta se traslada con otros compañeros jesuitas al sur, a Porto Seguro. Es allí donde recibe la orden de su superior Manoel da Nóbrega de incorporarse como capellán a una «misión imposible»: debe acompañar a un grupo de doce hombres «blancos» (colonos europeos, en su gran mayoría procedentes de la

5 Este nuevo concepto de la catequesis y la evangelización de los indígenas surge gracias a las deliberaciones del Concilio de Trento a partir de 1545. En vez de proseguir con las conversiones masivas de indígenas al cristianismo a través de bautismos colectivos como se hizo en los primeros años de colonización de los territorios de ultramar, ahora se pretende abrirles a los catecúmenos una verdadera puerta de acceso al cristianismo. Antes de poder ser cristianos han de conocer los mandamientos y los preceptos básicos, es decir, un acceso que solo es posible gracias a la traducción de los textos fundamentales a su lengua vernácula (Agnolín, 2007: 21-26).

Península ibérica), reforzado con un gran séquito de subalternos (indios y esclavos negros), en un viaje desde la costa al interior, a unos territorios vírgenes que se localizan actualmente en el estado federal brasileño de Minas Gerais, donde se pretendía buscar yacimientos de metales preciosos.[6]

El viaje tiene lugar entre los años 1554 y 1555 y llega a durar al final año y medio. Las incontables penurias que tuvieron que pasar provocan que la salud del misionero se resienta gravemente y a los dos años después de regresar de aquella fatigosa expedición muere en Bahía en 1557, antes de haber cumplido siquiera los cuarenta años de edad y con la mayoría de sus proyectos intelectuales y lingüísticos sin concluir.

8.2.3. Alabanzas y admiración por parte de sus compañeros

No sorprende que Juan de Azpilcueta haya sido admirado y alabado entre sus compañeros misioneros por sus dotes lingüísticas extraordinarias que le permitieron ser el primero en comunicarse con los indígenas en su lengua vernácula, sirviéndoles a todos los integrantes de la misión de traductor, intérprete e intermediario cultural. Así, por ejemplo, encontramos encendidas y repetidas alabanzas de la pericia lingüística del P. Juan de Azplicueta en las cartas I y III de su superior, el P. Manoel da Nóbrega, ambas dirigidas al Padre Mestre Simão Rodrigues en la Universidad de Coimbra, en 1549, al poco tiempo de la llegada del destacamento jesuita a Brasil (Nóbrega, 1886: 47-51 y 54-61). En la primera carta que redacta Nóbrega a los pocos días de llegar a Brasil en 1549 ya advierte que «*trabalhamos de saber a lingua delles [de los indios] e nisto o padre Navarro [Juan de Azpilcueta] nos leva vantagem a todos*» (*Ibid*.: 49).[7]

Pero no solo es su superior quien le alaba, también lo hacen sus compañeros de fatigas como, por ejemplo, el P. Antonio Pires en una carta dirigida a los Padres y Hermanos de Coimbra que escribe desde Pernambuco, Brasil, el 2 de agosto de 1551. En esta carta relata cómo el P. Azpilcueta (le llama Padre Navarro) «traslada» (traduce) las oraciones y los sermones a la lengua de esta tierra, que los «traslada» muy bien (con la ayuda de algunos intérpretes «muy buenos») y que se deben dar muchas alabanzas al Señor cuando se le ve predicar gran parte del viejo y del nuevo testamento en la lengua del país. A lo que añade Pires que es Navarro sin duda el más aventajado de todos los hermanos misioneros en estas tareas y que los demás carecen de los medios lingüísticos para explicarles a los indígenas la doctrina cristiana en su idioma (Leite, 1956: vol. I, p. 252).

En nuestra opinión, el ejemplo más ilustrativo se encuentra en la carta IV del P. Manoel da Nóbrega que dirige al Dr. Martín de Azpilcueta en la Universidad de Coimbra, con fecha de 10 de agosto de 1549, a los cuatro meses de la llegada del grupo de misioneros a Brasil:

> [O padre João de Aspilcueta] já sabe a lingua delles que, ao que parece, muito se conforma com a biscainha, de modo que con elles se entende; e a todos

6 Es precisamente por este viaje que Carlos Affonso dos Santos escribe su panegírico *Navarro, o primeiro Apóstolo de Minas* (cf. Dos Santos, 1947).

7 Nos esforzamos en conocer la lengua de los indios y en esto el padre Navarro nos aventaja a todos [la traducción es nuestra].

> nos leva vantagem, que parece Nosso Senhor ter feito especial graça a nação de Navarra, em acudir aos infiéis como fazem Mestre Francisco nas outras Indias do Rei de Portugal e este Padre nas terras do Brasil: onde corre com tanto fervor de uma terra à outra, que parece abrasar os montes com o fogo da charidade (Nóbrega, 1886, p. 65).[8]

8.3. El legado lingüístico y traductológico del P. Juan de Azpilcueta Navarro

8.3.1. Documentos inéditos: «los apuntes de traducciones»

Como decíamos antes, el legado lingüístico y traductológico del P. Juan de Azpilcueta quedó a la fuerza inconcluso debido a la muerte prematura del misionero. Contamos con unos pocos documentos inéditos y de difícil acceso en su gran mayoría que conforman lo que se podría denominar «los apuntes de traducciones» del jesuita navarro. En primer lugar, se debe mencionar el resumen manuscrito de predicación en lengua tupí, *A suma da doutrina cristã na língua tupi*, muy citado por sus compañeros en la misión quienes lo utilizaban como guía para sus propias misas entre los indígenas. Según Duha/Romanelli (2015, p. 27), a estos apuntes manuscritos les corresponde el honor de ser la primera traducción entre una lengua indígena, el tupí, y la lengua de la metrópolis, el portugués, que fue redactada y difundida de forma manuscrita en Brasil.

Curiosamente subyace para Azpilcueta como autor de los apuntes una doble traducción: desde sus lenguas de origen, el castellano y el vascuence, peregrina al portugués casi sin advertirlo (de allí los frecuentes lusismos que se observan) por la constante situación de inmersión desde su traslado a Coimbra, y desde el portugués como lengua de adquisición secundaria prepara el salto a otra cultura, lengua y concepción del mundo cuando aprehende los términos de la lengua tupí en su afán de moldearlos para poder transportar a través de ellos los conceptos básicos para la evangelización de los gentiles en las tierras de Brasil.

En segundo lugar, conforman el fragmentado e inconcluso legado lingüístico-traductológico del P. Azpilcueta apuntes de traducciones al tupí de oraciones, de fragmentos del Antiguo y del Nuevo Testamento, de los pecados mortales, los diez mandamientos, escenas del juicio final y una guía lingüística para la confesión general de los indígenas en la colonia brasileña. Por diversas alusiones sabemos que el P. Juan de Azpilcueta planeó redactar una gramática (*Arte*) de la lengua tupí, un proyecto que, sin embargo, no pudo culminar y que fue desarrollado después por el P. José de Anchieta (SJ), su digno sucesor en las labores filológicas y traductológicas en la misión jesuítica entre las tribus tupíes en Brasil.[9]

Aparte de sus apuntes manuscritos de traducciones o de resúmenes traducidos del portugués al tupí de documentos básicos para el culto cristiano y la instrucción

8 [El padre Juan de Azpilcueta] ya conoce la lengua de ellos que, por lo visto, es muy parecida a la vizcaína, así que se entiende con ellos. A todos nosotros nos lleva ventaja, parece que Nuestro Señor ha sido especialmente generoso con la gente de Navarra: cuando acuden a los infieles como lo hace el Maestro Francisco [S. Francisco Javier] en las otras Indias del Rey de Portugal y este padre [Azpilcueta] en las tierras del Brasil donde corre con tanto fervor de un lugar a otro que parece que abrasa los montes con el fuego de la caridad (la traducción es nuestra).

9 Véase el estudio completo de la labor filológica y traductora del P. José de Anchieta (1534-1597), en Vega, Miguel Ángel (2015).

de los catecúmenos hemos podido rastrear también una traducción del latín al castellano efectuada por el P. Azpilcueta en sus tiempos universitarios de Coimbra: *Diálogo de las Imágines (sic) de los Dioses.* Según los datos de los que disponemos, es por ahora la única traducción del misionero que se ha editado de forma impresa.[10]

Ahora bien, para estudiar las ideas y reflexiones del P. Juan de Azpilcueta en relación con su labor filológica y traductológica contamos por un lado con aquel número reducido de documentos inéditos, fragmentarios y de difícil acceso en su gran mayoría, que conforman lo que se podría denominar «los apuntes de traducciones» del jesuita navarro. Pero, por otra parte, disponemos gracias a la edición a cargo de Serafim Leite (1956) de cuatro cartas suyas enviadas desde Brasil a su congregación en Coimbra en las que se pueden rastrear de forma dispersa alusiones muy interesantes a sus desvelos lingüísticos.

8.3.2. Las cartas del P. Juan de Azpilcueta

La primera carta fue escrita en Salvador de Bahía, el 28 de marzo de 1550, y dirigida a los Padres y Hermanos de Coimbra (Leite, 1956: vol. I, p. 177-187). Está redactada en castellano y se observan frecuentes lusismos. En esta misiva, el jesuita resume de hecho el contenido de una carta anterior de 1549 (el año de su llegada a Brasil) que se da por perdida y en la que relató a sus interlocutores en Portugal la conversión de los primeros indios al cristianismo y les describió cómo fueron perseguidos y atacados estos primeros conversos por otros indios antropófagos a causa de su «deserción» de los valores culturales tradicionales y su adopción de una espiritualidad (religión) nueva traída por los misioneros foráneos.

En el momento de redactar esta carta, ya en 1550, Azpilcueta puede afirmar con orgullo:

> Agora acabaremos una iglesia junto dellos, en donde les tengo de *dezir misa y doctrinarlos en su lengua, que ya tengo tirada* [traducida] *la creación del mundo y encarnación de Jesú Christo, de manera que les quede declarados los artículos de la fe; los mandamientos y otras oraciones, tengo tanbien tiradas* [traducidas], *las quales siempre les insiño así en nuestra lengua* [en portugués] *como en la suia* [tupí] (Leites, 1956, vol. I, p. 180).[11]

He aquí otra evidencia para el prodigioso progreso de Azpilcueta en su aprendizaje del tupí: a menos de un año de su llegada a Brasil puede ya relatar semejantes éxitos en sus proyectos de traducciones de textos no exentos de complejidad lingüística y sobre todo conceptual, aparte de mencionar un curioso proyecto de enseñanza bilingüe tupí-portugués.

A continuación el jesuita constata: «el Pater Noster *tiré* [traduje] *en modo de sus cantares* para que más presto aprendiessen y gustasen [...]».[12] Aquí se puede advertir incluso una estrategia de traducción próxima a la adaptación cultural del

10 *Juan de Azpilcueta Navarro. Diálogo de las Imágines (sic) de los Dioses*. Edición crítica de Francisco Crosas. Pamplona: Gobierno de Navarra, 2003.
11 El subrayado es nuestro.
12 Íbid. El subrayado es nuestro.

texto fuente (el Padre Nuestro) en el texto meta, que sin embargo ya no es solo el texto para una oración, sino un cantar. Curiosamente, como observa el editor de las cartas Serafim Leite (*Ibid*.), esta alusión a la adaptación de la traducción a la cultura indígena y la inclusión de elementos musicales fue suprimida en la traducción de la carta al italiano que probablemente fuese destinada a la dirección general de la Compañía de Jesús en Roma. Se supone que se hizo así debido a que no se consideraba necesario o apropiado informar a los superiores jerárquicos de ciertas relajaciones doctrinales como cantar el Padre Nuestro en la lengua de los catecúmenos indígenas en vez de solo recitarlo para conseguir así, no obstante, un aprendizaje más gustoso y rápido de esta oración fundamental para la fe cristiana.

En otro apartado de su carta, Azpilcueta explica que los destinatarios principales de sus traducciones son sus discípulos, esto es, muchachos indígenas a los que enseña cómo decir estas oraciones traducidas por él al tupí en casa de enfermos que luego se encuentran mejor gracias a la intervención de los jóvenes oradores.[13]

Como ya mencionamos anteriormente, hay un objetivo bien claro en esta labor lingüística-curativa del misionero y de sus ayudantes indígenas: sustituir gracias a sus intervenciones frente a enfermos a los curanderos indígenas tradicionales (*karaíbas*/*pajés*) y ganar con estas «curas» a través de la oración prestigio e influencia entre los gentiles.

En otro orden de cosas, Azpilcueta también aprovecha su misiva para explicarles a sus interlocutores las razones por las que rechaza administrarles las aguas bautismales a la mayoría de los indígenas que viven en las aldeas que tiene a su cargo. Aparte de no tener rey a quien obedecer, no tienen casas fijas y se mudan de un lugar a otro con bastante frecuencia. Incluso provocan incendios cuando se enfadan o emborrachan, lo que en ocasiones provoca que toda una aldea quede reducida a cenizas. Pero lo más nocivo y reprochable para el jesuita y su empresa de evangelización son sin duda dos costumbres que le parecen muy difícil de erradicar: la fidelidad de los indígenas de más edad para con su chamán (hechicero) y su arraigada antropofagia.

Ante tales retos no sorprende que al final de su escrito pida con mucha insistencia que los hermanos de Coimbra recen por él y sus esfuerzos dirigidos a la salvación de las almas indígenas. Cierra con una explicación de su plan de trabajo semanal para dejar bien claro que gasta todo el tiempo que tiene a su disposición en llevar la doctrina cristiana a los gentiles. Así, los lunes y martes visita tres o cuatro aldeas; los miércoles y jueves, otras dos o tres; los viernes se traslada a la ciudad (Salvador de Bahía) para predicar en el Colegio de los Jesuitas; y los sábados estudia el evangelio del domingo cuando lee misa para los colonos y sus esclavos.

La segunda carta fue escrita igualmente en Salvador de Bahía, con fecha de agosto de 1551, y dirigida a los Padres y Hermanos de Coimbra (Leite, 1956: vol. I, p. 276-283). La lengua utilizada es el castellano, pero aun así se observan frecuentes lusismos. En esta carta retoma de nuevo asuntos que ya había incluido en aquella carta extraviada de 1549, el año de su llegada a Brasil. Describe cómo en aquellos primeros momentos aún dependía de la ayuda de «una lengua» (un intérprete) cuando se iba a predicar a las aldeas de los indios tupinambás en los alrededores de la ciudad de Salvador de Bahía, donde, como ya mencionamos, convive

13 Íbid. El texto original de la carta dice: «[…] principalmente para los mochachos, a los quales enseno que las digan sobre los dolientes las dichas oraciones, mediante las quales se allan mejor.»

temporalmente con la comunidad de los gentiles puesto que le proporcionan una casa en el lugar.

En un episodio relata cómo le salvó la vida el intérprete «bueno» que supo amansar «con buenas razones» a los indios cuando, embriagados y fieros, en una ocasión querían matar al misionero que se hallaba en su aldea (Leites, 1956, vol. I, p. 278). En otro momento, y también gracias a la intermediación acertada del intérprete que acompaña al misionero catequista, consiguen que los indios escuchen la doctrina cristiana y abandonen su propósito primero que era comer a cualquier hombre blanco que pasase por allí (*Ibid.*). Además, se relata otra intervención prodigiosa del intérprete anónimo quien le salva de nuevo la vida al P. Juan de Azpilcueta cuando no quiere darlo por perdido y se empeña en seguir buscándolo cuando se había extraviado en una caminata nocturna a través de la selva.

Al mismo tiempo de referir su fructífera colaboración con un intérprete en los primeros tiempos de la evangelización de los indígenas, describe su incipiente aprendizaje de la lengua tupí y sus avances en las tareas de traducción gracias a un ayudante particular que encuentra por casualidad durante su estancia en la Capitanía de Porto Seguro adonde fue enviado por su superior, el P. Nóbrega:

> En esta Capitanía hallé un hombre de buenas partes, antigo en la tierra, y tenía don de escrevir la lengua de los Indios, que fué para mí grande consolación. Y assí lo más del tiempo gastava en dar [traducir] sermones del testamento viejo y nuevo, mandamientos, pecados mortales y obras de misericordia, con los artículos de la fe, para me tornar [para traducírmelo] en la lengua (*Ibid.*, vol. I, p. 279).

En estos primeros momentos de la misión en tierras brasileñas, que el P. Azpilcueta rememora en esta carta, se puede constatar, pues, un vaivén entre la comunicación vía intérprete y la directa. Así, Azpilcueta relata cómo se marcha en una ocasión con el P. Nóbrega a predicar a una aldea de los gentiles con intermediación de «una lengua». Poco después, no obstante, va solo a otra aldea de 150 fuegos (hogares) y afirma con cierta satisfacción: «Hize ayuntar los muchachos, y hízeles la doctrina en su propia lengua» (*Ibid.*, vol. I: 281). No es por casualidad que se comunica en su incipiente tupí con los niños y jóvenes a los que siempre afirma llegar con bastante más facilidad que a sus mayores, más reacios a la nueva doctrina que pretende enseñar el misionero.

En un apartado especialmente interesante de esta segunda carta relata cómo llega con su intérprete a otra aldea de la zona cuando estaban cociendo el cuerpo de una muchacha. Azpilcueta les afea su comportamiento a los indígenas en su propia lengua y le responden que si sigue hablando le comerán a él también. Admite, no obstante, que él no llegó a entender esa réplica sino solo su intérprete. Seguidamente describe un verdadero conflicto con y para el hombre «lengua». Al notar que sus conocimientos de la lengua ajena aun no eran suficientes para discutir un caso de tal calibre, insiste al intérprete para que este traduzca sus palabras a los indios, pero el intermediario se queda callado porque era consciente del peligro que implicaba seguir discutiendo después de haber recibida aquella amenaza. Ante el mutis de su intérprete es Azpilcueta, ajeno por completo al grave riesgo al que se exponía, quien lanza una nueva arenga a los indígenas y a pesar de sus

conocimientos lingüísticos rudimentarios consigue que «al cabo quedaron nuestros amigos y nos dieron de comer» (*Ibid*., vol. I, p. 282).

Hay que constatar, pues, que el padre jesuita ha aprendido a comunicarse en tupí con una asombrosa velocidad, ya que es un notable éxito para el misionero que aquellos antropófagos feroces claudiquen ante él (y su don de la palabra), prometiéndole que no van a comer sino a enterrar aquellas carnes humanas (incluidas las de la malograda muchacha). «Paréceme que algún tanto se enmendaron» es el lacónico comentario final de Azpilcueta (*Ibid*.).

Su tercera carta de 1553[14] comienza en un tono quejumbroso que antes no habíamos percibido en el intrépido misionero. Parece que de nuevo se perdieron varias cartas del año anterior (1552) a causa de ataques de corsarios franceses a los barcos portugueses. Azpilcueta comenta que sigue estando muy ocupado con sus múltiples labores de misionero «de campo». Su superior, el P. Nóbrega, le ha destinado nuevamente a Porto Seguro, al sur de Bahía, donde se encuentra muy solo al principio por la falta de personal y desbordado de trabajo. Luego cuenta cómo se incorporan dos compañeros (el P. Ambrosio Pérez y el hermano Antonio Blázquez) a quienes dejará al mando de la misión cuando se tiene que incorporar al grupo de los viajeros destinados a explorar el interior del país.

A ellos dejará «todas las oraciones en lengoa de Brazil [tupí], con los mandamientos y peccados mortáis etc., con una confessión general, principio do mundo, incarnación y do juizio, y fin do mundo para se mandar allá.» Y cierra su misiva con una alusión a su proyecto de redactar una gramática (*Arte*) de la lengua tupí que como sabemos ha de quedar inconclusa debido a la falta de tiempo y de circunstancias más favorables para una tarea de esta índole: «Quanto a modo de arte no alcanço aún para se hazer, ny me parece tienen sino ciertos vocablos que sirven en general, que para otro tiempo dexo que estuviere más devagar que agora» (*Ibid*., vol. II, p. 9-10).

Es en su cuarta y última carta conservada (con fecha del año 1555) donde nos deleita con el apasionante relato de su viaje al interior tan plagado de penurias y contratiempos diversos que se lee como un esbozo para una novela de aventuras en toda regla.[15] El grupo de exploradores llega en año y medio a adentrarse unas 350 leguas (casi 2000 kilómetros) en un territorio salvaje, desconocido y sumamente peligroso y hostil. El misionero refiere varios encuentros con indios «tapuyas» que no entienden la lengua general que se usa en la costa, el tupí, aparte de narrar incontables percances y privaciones como la acuciante falta de comida, las enfermedades y otras situaciones límite. Pero también relata vivencias felices: avistan hermosas tierras y llanuras fértiles surcadas por poderosos ríos y llenas de maravillas de una fauna y flora exuberantes. Sorprende la modestia del misionero quien evita a toda costa aludir al cansancio extremo, a los sacrificios constantes y a su salud resquebrajada a causa del viaje.

Por una carta de su compañero en la misión de Porto Seguro, el hermano Antonio Blázquez, sabemos de la muerte en resignación cristiana del P. Juan de

14 La carta fue redactada en Porto Seguro, con fecha de 19 de septiembre de 1553, y dirigida a los Padres y Hermanos de Coimbra (Leite, 1956: vol. II, 3-10). Está escrita en castellano y se intercalan frecuentes lusismos.
15 La carta se redactó en Porto Seguro, el 24 de junio de 1555, y se dirigió a los Padres y Hermanos de Coimbra (Leite, 1956: vol. II, 244-250). En castellano (con frecuentes lusismos).

Azpilcueta, un hombre santo que recibe aquí otra sentida alabanza por parte de sus compañeros de congregación.[16]

8.4. Conclusiones y proyectos futuros

La misión jesuítica en Brasil supuso una tarea hercúlea para unos pocos hombres escogidos ya que estos se toparon con problemas y obstáculos inmensos. Por eso, más admirable aun nos parece el empeño constante de estos pioneros en salvar almas en las lejanas tierras americanas.

En este artículo nos hemos ocupado en particular de Juan de Azpilcueta, el padre Navarro, quien se dedica como misionero «de campo» en cuerpo y alma a llevar la catequesis y los intentos de evangelización a las aldeas de los indígenas con los que incluso llega a convivir de forma habitual. Esta cercanía le facilita la inmersión en la lengua y las costumbres tradicionales de los gentiles, por lo que destaca enseguida entre sus compañeros de misión por ser el más avanzado en aprender el idioma tupí. Así, llega a ser el primer misionero jesuita en confesar a los indígenas en su propio idioma sin la intermediación de un intérprete, aplicando así el nuevo concepto tridentino de misión y de evangelización.

En esta «revolución lingüística» (*cf.* Wyler, *op. cit.*) impulsada por los jesuitas y, en particular, por el pionero en este campo, el P. Juan de Azpilcueta, destaca el peso de la palabra (¡traducida!) para la salvación del alma, ya que se presupone que el acceso de los catecúmenos a un sacramento como el bautismo o la comunión solo era posible al entender y aprehender de verdad los preceptos básicos de la fe cristiana. Y, lógicamente, para eso era necesario un ingente esfuerzo de traducción y adaptación culturales, tarea que estrena y proyecta definitivamente el Padre Navarro, aunque él al final no pudo llevarla a buen puerto por su muerte prematura.

En todo caso, se trata de importantes aportaciones a la historiografía de la traducción, que, según Wyler (*Ibid.*), es un área de estudio híbrida porque no aborda tanto las traducciones en sí, sino las circunstancias de su producción en cada momento y lugar, a lo que se deberían añadir las circunstancias vitales de los traductores e intérpretes que nos revelan tanto acerca de las condiciones concretas en las que se llevaron a cabo aquellos primeros intentos de trasladar un complejo sistema doctrinal como las bases de la fe cristiana a una lengua indígena como el tupí en los territorios costeros de Brasil.

Asimismo, queda esbozado un interesante camino para futuras investigaciones: el estudio de la misión como (proceso de) *traducción* en todas las facetas que tal enfoque implica (cf. Pomba, 2003; Agnolín, 2007). Habría que procurar, no obstante, que el punto de partida no se centrase de forma exclusiva en los presupuestos de la historia de las religiones como propone Adone Agnolín, sino también y sobre todo en los de la traductología.

16 La carta de Blázquez es de junio de 1557 (*cf.* Leite, 1956: vol. II, 391-396).

8.5. Referencias bibliográficas

AGNOLIN, Adone. *Jesuítas e Selvagens. A Negociação da Fé no encontro catequético-ritual americano-tupi (séc.* XVI-XVII*)*. São Paulo: Humanitas Editorial, 2007.

DOS SANTOS, Carlos Affonso. *Navarro, o primeiro Apóstolo de Minas*. [s.e.], Belo Horizonte, 1947.

DUHÁ LOSE, Alicia y Sergio ROMANELLI. «Introducción a la traducción misionera en Brasil», en Pilar Martino y Miguel Ángel Vega (eds.), *El escrito(r) misionero como tema de investigación humanística*. Madrid: Editorial OMMPRESS, 2015, pp. 23-37.

LEITE, Serafim (SJ). *Novas cartas jesuíticas. De Nóbrega a Vieira*. São Paulo: Companhia Editora Nacional, 1940.

—, *Cartas dos primeiros jesuitas do Brasil.* 2 vols. São Paulo: Comissão do IV Centenário da Cidade de São Paulo, 1954.

MOREAU, Filipe Eduardo. *Os indios nas cartas de Nóbrega e Anchieta*. São Paulo: Annablume, 2003.

NAUPERT, Cristina. «El jesuita Nóbrega y las culturas tupíes del Brasil», en Pilar Martino y Miguel Ángel Vega (eds.), *El escrito misionero: entre ciencia, arte y literatura*. Madrid: Editorial OMMPRESS, col. «Traducción», 2016, pp. 104-114.

NÓBREGA, Manoel da, SJ. *Cartas do Brasil*. Río de Janeiro: Impresa Nacional, 1886.

—, *Cartas do Brasil (1549-1560)*. Río de Janeiro: Academia Brasileira de Letras, 1931.

—, *Cartas do Brasil e mais escritos (Opera Omnia).* Coimbra: Universidade, 1955.

—, *Cartas do Brasil*. Belo Horizonte/São Paulo: Itatiaia/Edusp, 1988.

POMBA, María Cristina. *Religão como Tradução: missionários, Tupi e «Tapuia» no Brasil Colonial*. Bauru (São Paulo): Edusc, 2003.

VEGA, Miguel Ángel. «José de Anchieta o la filología por impulso ético», en *Mutatis Mutandis*, vol. 8:1 (2015), pp. 49-66. Reproducido en Miguel Ángel Vega y Martha Pulido (eds.), *El escrito misionero como mediación intercultural de carácter multidisciplinar*. Madrid: Editorial OMMPRESS, 2016, pp. 17-33.

WYLER, Lia. *A tradução no Brasil. Oficio invisível de incorporar o outro*. Río de Janeiro: Universidade Federal do Rio de Janeiro UFRJ (Tesis de Mestrado), 1995.

WYLER, Lia. *Línguas, poetas e bacharéis: uma crónica da tradução no Brasil*. Río de Janeiro: Rocco, 2003.